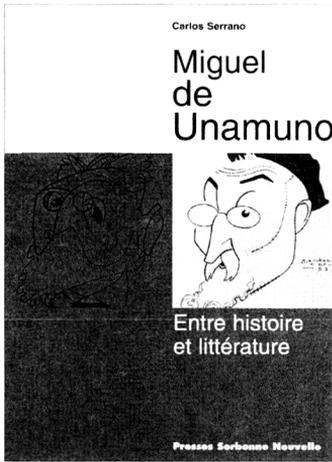


## RESEÑAS





SERRANO, Carlos: *Miguel de Unamuno. Entre histoire et littérature*, París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2004, 280 pp.

Se trata de un estudio que recoge 14 artículos publicados a lo largo de su carrera por Carlos Serrano (Buenos Aires, 1943 - París, 2001), catedrático de la Sorbona (París IV). Sus amigos Serge Salaün (París III Sorbona Nueva) y Marie-Claude Lecuyer (París VIII) se empeñaron en hacer posible esta edición de artículos (la mitad en español, la otra mitad en francés) que prueba el profundo interés de nuestro malogrado colega por la personalidad y la obra de don Miguel.

«Unamuno entre marxismo et agrarisme», «Unamuno y *El Nervión* de Bilbao (1893-1895)», «*Exóristo* vs. X. Unamuno / Alzola et l' *Ensanche* de Bilbao en 1893», «Entre Herder y Rousseau. El Unamuno de *En torno al casticismo*», «Unamuno anti-patriote. Crise coloniale et modernité (1895-1898)», «Hacia la reforma agraria. Maeztu, Unamuno y la meseta castellana (1898-1899)», «Miguel de Unamuno y Fernando Ortiz. Un caso de regeneracionismo trasatlántico», «Un documento por partida doble. Unamuno y Valle-Inclán después de octubre del 34», «Sobre Unamuno traductor», «Prehistoria poética de

Miguel de Unamuno», «*Paz en la guerra ou l'histoire impossible*», «Le passage à l'autobiographie chez Unamuno. Autour de *Recuerdos de niñez y de mocedad* (1908)», «*Niebla* de Miguel de Unamuno. Mélodrame existentiel, agonie-bouffe et crise de l'histoire» y «Duplicaciones y duplicidades. Unamuno autor de Pierre Ménard» tales son los títulos de los 14 artículos.

Estos títulos revelan de manera significativa el método de Carlos Serrano y sus esfuerzos por relacionar ideología y producción literaria y renovar al mismo tiempo la historia cultural de España de la que fue un fiel defensor.

Varios artículos, entre los más relevantes, analizan la evolución del pensamiento político del «joven» Unamuno en un momento clave de la historia de España (1890-1900) y de la historia de un intelectual comprometido en las luchas de su época. La crítica falangista y franquista había exaltado la imagen «contemplativa» o «agónica» del famoso profesor de Salamanca torturado por «el sentimiento trágico de la vida» y «la cuestión religiosa». Carlos Serrano, discípulo de Pierre Vilar y Noël Salomon, se interesó por el pensamiento político de don Miguel, el intelectual preocupado por la cuestión agraria, las guerras coloniales, el militarismo, los problemas económicos y «la cuestión social».

Como lo escribe Jean-François Botrel en una breve introducción a los artículos de Carlos Serrano: «En una reflexión que no cesa, en esta búsqueda de un nuevo humanismo, en esta manera de cuestionar la utopía o la evidencia, aplicando, por método, la duda y adoptando una postura de filósofo o de historiador preocupado por la comprensión del mundo, cómo no ver la imagen emblemática del intelectual, de los intelectuales a los cuales Carlos dedicó, en la revista *Ayer*, uno de sus últimos textos?»

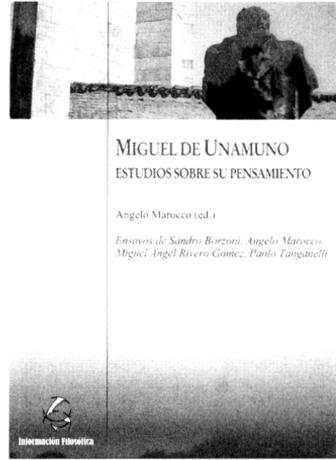
Hijo de un intelectual, el escritor republicano Arturo Serrano Plaja y nieto de otro famoso intelectual Jean-Richard Bloch, Carlos

Serrano dedicó artículos a Miguel de Unamuno que son un ejemplo, según J. F. Botrel, de un «pensamiento en acción» frente a la obra del profesor de Salamanca que se autodefinía como un «espíritu en movimiento».

No puedo acabar esta breve reseña de la obra «unamuniana» de mi colega sin acordarme con emoción y admiración de Carlos Serrano, quien fue presidente del tribunal de mi «Habilitation à Diriger des Recherches», «Habilitation» dedicada a «Miguel de Unamuno entre literatura e historia» y leída en la Sorbona en diciembre de 1999.

Dos semanas antes de fallecer, en marzo del 2001, Carlos Serrano, a pesar de una enfermedad irreversible, dio su última clase sobre *En torno al casticismo* y la crisis del 98, uno de sus temas de investigación predilectos frente a estudiantes siempre maravillados por la soltura, la cultura, la vitalidad y el dinamismo de un gran catedrático.

*Jean-Claude Rabaté*



MAROCCO, Angelo (ed.): *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su pensamiento*. Roma, RSB International, 2005.

El libro se compone de cuatro trabajos: «El nacimiento de la filosofía en el joven Unamuno», de Miguel Ángel Rivero Gómez, pp. 5-83; «Unamuno: de la estética de Croce a la metafísica poética de Vico», de Paolo Tanganelli, pp. 85-104; «Espejo, speculum», de Sandro Borzoni, pp. 105-134; «La nostalgia del prossimo nella riflessione di Miguel de Unamuno», de Angelo Marocco, pp. 135-158.

En la presentación, pp. 3-4, en italiano, se dice que «l'aspetto forse più interessante del volume risiede comunque nel fatto que gli autori dei saggi sono giovani studiosi». A continuación leemos que por ello mismo, por ser jóvenes estos autores, sus trabajos son una etapa dentro de un proyecto de investigación más articulado.

Con esto tenemos un primer perfil. Se trata de ensayos de jóvenes estudiosos, lo que es toda una promesa para el avance en la exploración de la obra de Unamuno, a la que vendrá muy bien una renovación generacional. Uno no puede más que felicitarse de que esta obra sea capaz, como lo es sin ninguna duda, de suscitar el interés de jóvenes investigadores.

Por lo que hace al primer texto, el de Miguel Ángel Rivero, constituye una exploración de cuadernos inéditos del primer Unamuno. Leyendo este escrito, el más extenso de los cuatro, se percibe que los méritos de Rivero serían mayores si hubiese prescindido de numerosos tópicos sobre la obra unamuniana y nos hubiese ofrecido un análisis algo más concreto de lo que aportan los inéditos a lo ya publicado. Seguro que el trabajo ganaría si atendiese al excelente estudio de Rafael Chabrán (su tesis doctoral) sobre el joven Unamuno y a libros como el de Diego Núñez, *La mentalidad positiva en España*, para contextualizar la época del joven Unamuno. La tesis de Rafael Chabrán habría ayudado al autor a precisar un juego de fechas, cuando Rivero habla de las crisis de Unamuno, que el lector de este trabajo no puede engarzar con facilidad porque se mezclan a menudo referencias a crisis de los años 80 con citas de textos que son de fechas posteriores. Pero estoy convencido de que Rivero, una vez ordenados y publicados los inéditos (algo que estos jóvenes deberían hacer, guiados o aconsejados por algún experto en edición), llegará, en su interesante pesquisa, a ofrecernos una trayectoria más precisa de este primer Unamuno, sobre el que se escriben las cosas más dispares basándose en textos que Unamuno escribió, efectivamente, pero en una secuencia y contexto de los que falta bastante por aclarar.

El de Tanganelli es claramente un trabajo más maduro y centrado en un asunto en el que él ha hecho ya notables aportaciones. El humanismo defendido por Unamuno, guiado por su concepción del lenguaje, opuesta al mecanicismo cartesiano, está rica y ampliamente sugerido en la delimitación que, según Tanganelli, efectúa el autor vasco entre el idealismo de Croce y la línea propia de Vico. Dentro de la crisis del racionalismo, tan apasionadamente vivida por Unamuno, quedan muy visibles los lazos que le unen al humanismo de sello viquiano.

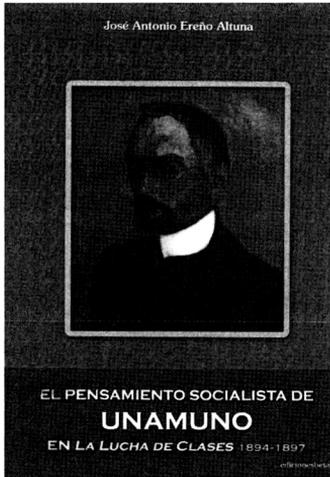
Por su parte, Sandro Borzoni realiza un interesante análisis del uso y sentido del «espejo» en la obra de Unamuno. Con tal

objetivo acude a la tradición patrística, a la filosofía griega y a algún autor contemporáneo, enfrentándose al dualismo cartesiano. Recorriendo el frecuente uso por Unamuno del espejo que devuelve una imagen en la que uno no se reconoce o se reconoce con horror, como ante algo extraño e inquietante, muestra Borzoni que éste es un recurso con el que el vasco alude al conocimiento, no sólo al conocimiento de la realidad que yo soy como conciencia, sino a la del otro que me ve reflejado en su espejo.

El último trabajo, el de Angelo Marocco, en italiano esta vez, insiste en una línea que se percibe en los otros trabajos y que podría ser el débil hilo conductor que les da unidad, esto es, el anticartesianismo del pensamiento unamuniano sobre la existencia, o más exactamente, sobre el existente humano, sobre el yo. Marocco lo muestra a través del paralelo con autores como Kierkegaard, Pascal o Heidegger. Con Kierkegaard y con Pascal ya ha sido señalado muchas veces el paralelo. También con Heidegger, pero aquí me parece que habría muchos matices que señalar. En todo caso, Marocco subraya oportunamente el carácter conflictivo y trágico del pensamiento unamuniano, cuyo lenguaje y cuyo estilo encierran una energía tal, que confiere un sello peculiar y original al pensamiento del autor español.

Por encima de cualquier otra consideración, es muy positivo que un grupo de jóvenes (tres de ellos italianos, todo un dato sobre la dimensión internacional de Unamuno) hayan puesto en común una reivindicación de Unamuno como filósofo y como autor que hay que situar dentro de un humanismo original, pero que hay que conectar con líneas históricas en las que falta mucho por investigar. No siempre en el propio país de Unamuno se le reconoce como filósofo digno de ser estudiado. El primer maestro de filosofía al que yo acudí para dirigirme la tesis doctoral sobre el autor vasco me aseguró que éste no era filósofo.

Pedro Ribas



EREÑO ALTUNA, José Antonio: *El pensamiento socialista de Unamuno en La Lucha de Clases (1894-1897)*. Bilbao, Ediciones Beta, 2005. 443 pp. ISBN 84-96009-83-

El autor de este libro no aterriza de repente sobre el Unamuno colaborador de *La Lucha de Clases*, sino que antes nos había ofrecido ya esenciales estudios de los que éste se presenta como culminación. Precisamente lo mejor del libro está, a mi juicio, en lo que Ereño, enlazando con sus aportaciones sobre el joven Unamuno, presenta aquí como elemento en el que él no se extiende mucho, pero que es de suma importancia. Me refiero a lo que puede leerse en el capítulo III, «Incubación y primeras manifestaciones del socialismo de Unamuno», sobre todo páginas 134-135, donde alude a sus planteamientos lingüísticos y literarios, a su participación en la Sociedad del Folklore Basco-Navarro, a toda una veta de simpatía por lo popular, que se manifiesta en su estudio de la lengua, la vasca y la española, a su entusiasmo por la literatura gauchesca, sobre todo por el *Martín Fierro*, del argentino José Hernández. Léase a este respecto la nota de las páginas 427-428, en la que se aprecia la diferencia entre Ortega y Unamuno

sobre lo popular en el arte. Lo que Ereño había estudiado en su estupenda edición de la tesis doctoral de Unamuno, en 1997, y su documentada edición de la polémica de Unamuno y Alzola, en 2000, tiene mucho que ver con el enriquecimiento que aporta a este Unamuno de los escritos bilbaínos. Sin embargo, en esta obra, Ereño no ha insistido tanto en el tema, sino que se limita a apuntarlo, aquí y allá, y más bien ha preferido, culminando sus anteriores libros, imprescindibles, *Artículos inéditos de Unamuno en La Lucha de Clases* (2002) y *Unamuno y La Lucha de Clases* (2004), entrar en el asunto del socialismo de Unamuno.

Estamos ante un libro que contiene resultados de una línea muy coherente de investigación. Por ello entiendo que no se trata de un libro para el gran público, sino de un trabajo dirigido fundamentalmente a estudiosos de Unamuno. Se trata de un libro que interesa, independientemente de que tenga muchos lectores (¡ojalá!), a los especialistas, ¡especie denostadísima por don Miguel!

Si es así, si no es un libro general, sino uno dedicado a un tema de Unamuno, el socialismo, y, por tanto, dirigido preferentemente a entendidos, Ereño acumula una innecesaria cantidad de materiales, conocidos en su inmensa mayoría por los estudiosos (cartas de Múgica, textos y más textos, extensísimos algunos) que alargan innecesariamente el libro. Quizá Ereño ha pensado en escribir una obra que, a pesar de tratar del pensamiento socialista de Unamuno, estudiado desde 1966 con la innovadora tesis de Rafael Pérez de la Dehesa, necesitaba documentar con montañas de materiales. Y ahí es donde creo que el procedimiento es, cuando menos, discutible. Por un lado, la investigación en cualquier campo rara vez es un trabajo en el que se parte de cero, de un terreno en el que nadie ha investigado. Desde luego, no lo es en el pensamiento de Unamuno y tampoco de su socialismo. Hay ya una bibliografía bastante notable sobre el asunto. La investigación, por tanto, se desarrolla, salvo que uno quiera simplemente

descubrir mediterráneos, como una labor de comunidad de investigadores. Éste es un aspecto que creo que Ereño no ha tenido suficientemente en cuenta. Los investigadores conocen los materiales. Por tanto, no hay que dedicarles tantas páginas de Unamuno, porque las conocen ya y basta señalar las referencias oportunas.

Por otro lado, el dialogar con otros investigadores, además de insertar mejor la propia investigación, obliga a partir del estado de la cuestión. Éste es otro aspecto en el que, al lado de interesantes aportaciones, como el enriquecimiento de la relación Loria Unamuno, Hobson-Unamuno, además de la antes apuntada sobre lo popular y la «incubación», nos encontramos con que, finalmente, Ereño no llega a precisar sus verdaderos avances. Escribe, por ejemplo en la página 422: «... si es cierto que su [de Unamuno] combate socialista a favor de una sociedad basada en la socialización de los medios de producción se inspiraba sustancialmente en el socialismo científico de Marx, éste y sus sedicentes seguidores no serían tampoco para él la única palabra en materia social. El socialismo, aun debiéndole mucho, no se reducía a marxismo. Una cosa sería ser socialista y otra ser «marxista» en todo y a pie juntillas». Esto es indudable. Pero sorprende que Ereño lo inserte como una conclusión.

Aunque no me considero maestro, sino aprendiz con Ereño y otros investigadores acerca del pensamiento de Unamuno, no puedo menos de señalar un punto con el que quisiera contribuir, no a dar lecciones, sino a enriquecer el conocimiento del vasco universal: ¿no cree Ereño que hubiese centrado más el estudio del socialismo arrancando de donde lo dejaron Pérez de la Dehesa, Blanco Aguinaga, Gómez Molleda y otros estudiosos? Me imagino que con la mejor intención pedagógica, Ereño ha escrito el libro como si iniciase él el estudio del tema. Y aunque todo el mundo está en su derecho de proceder así, el hacerlo significa, en mi opinión, obligarse a copiar

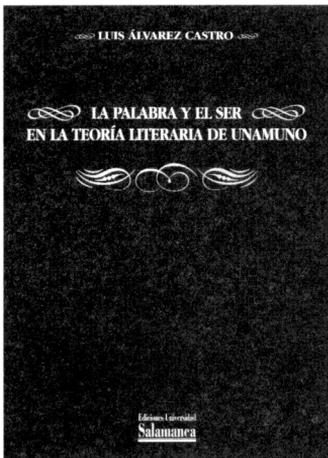
montones de páginas de Unamuno que sobran por conocidas. Pero hay otro efecto más negativo de esta forma de trabajar en solitario. El socialismo no nació ni en España, ni en Bilbao, ni en *La Lucha de Clases*. El socialismo era una corriente internacional. Los mejores aciertos de Ereño en este libro me parecen aquellos en que enfrenta este internacionalismo con las simplezas de los bizkaitarras y aquellos en que enriquece las fuentes de donde Unamuno ha aprendido su socialismo. Pero, precisamente, siendo Ereño historiador, hubiese podido insertar esta faceta socialista en el movimiento internacional que era el socialismo, al que él contribuyó escribiendo también en la revista de Berlín *Sozialistische Monatshefte*. Y no sólo en el internacional. En España mismo, el socialismo de Unamuno adquiere su propio perfil en el panorama del socialismo español de los años 90 del siglo XIX. No considerarlo así es considerarlo fuera de contexto. Al estudiarlo sólo desde Unamuno, ni éste ni el socialismo acaban de adquirir perfil suficiente. En el caso de Unamuno, porque siguen faltando estudios sobre su relación con Costa (por cierto, Ereño no aprovecha el excelente estudio de Pérez de la Dehesa sobre esta relación), con los krausistas, con Menéndez Pelayo y con tantos otros. En el caso del socialismo, un estudio que sigue faltando y que este libro, aunque aporta bastante, pone de nuevo en evidencia, es el peso de autores italianos. Una tesis Unamuno-Loria sería, si no imprescindible, al menos clarificadora.

Por supuesto, aunque yo proteste de haber tenido que devorar 443 páginas, muchas de las cuales he devorado mil veces, considero necesario el libro. Pero, una vez más, creo que Ereño se ha precipitado en este caso. Tras una pesquisa interesantísima y, a mi juicio, la mejor aportación que se ha hecho al conocimiento de la etapa bilbaína del joven Unamuno (los escritos en la prensa bilbaína, su contexto y su repercusión, ahí está el buen historiador), este libro sabe a poco en el estudio del socialismo del autor

vasco. El resultado que aquí encontramos es seguramente mejorable en lo que a clarificación atañe. Al decir clarificación me refiero a ir más allá de lo que hasta ahora sabíamos o a ofrecer interpretaciones bien argumentadas distintas de las hasta ahora existentes.

Espero no causar la impresión de resaltar el lado menos favorable del libro, siendo así que contiene aportes importantes y que viene de un autor del que, al menos quien escribe estas líneas, ha aprendido mucho sobre Unamuno.

*Pedro Ribas*



ÁLVAREZ CASTRO, Luis: *La palabra y el ser en la teoría literaria de Unamuno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2005. 272 pp.

No deja de ser paradójico que un hombre que despotricó contra tantas teorías al uso en su tiempo tuviera su propia posición teórica en cuestiones literarias. Muchos de los que nos hemos ocupado de la literatura unamuniana ya lo venimos diciendo con más

o menos acierto, y aquí está ahora el estudio de Álvarez Castro para dejarlo fuera de toda duda. Unamuno sí tenía ideas coherentes, y si bien no sistematizadas, al menos sistematizables. La cuestión está en si estas ideas a menudo integradas en textos literarios en sentido estricto (novelas, poemas, teatro) se pueden desvincular de ellos para así formular una teoría autónoma. Álvarez Castro piensa que sí, y por ello centra la atención más en obras ensayísticas (incluida la ingente correspondencia unamuniana) que en obras puramente ficcionales o poéticas.

Para Unamuno la literatura fue una herramienta cognitiva. En contra de todo turri- burnismo, despreciaba la literatura de evasión, elitista o excesivamente virtuosista porque no se nutre de problemas reales sino artificiosos. Naturalmente aquí habría que aclarar que los «problemas reales» para Unamuno eran casi exclusivamente de índole espiritual y moral. A *literatismo*, o literatura de escaso valor, Unamuno contraponía *poesía*, o literatura auténtica. El poeta, en la acepción unamuniana —nos explica Álvarez Castro—, es el creador o revelador de nuevas perspectivas sobre la situación humana, de la dimensión transaparencial. Esto lo consigue mediante una concepción trascendente de la palabra que hace posible que otros espíritus, al acercarse a una confesión de intimidad y angustia, puedan empatizar con ella y se conviertan así en co-creadores. La poesía sirve, pues, para explorar, expulsar, y objetivar dolores y pasiones, para consolarse y consolar a través de la manifestación del «yo». Todo esto que Álvarez Castro expone detalladamente y con gran riqueza de citas me parece del todo convincente, pero también habría que añadir, creo yo, que para Unamuno un objetivo fundamental de la literatura era inquietar, provocar ideas desconcertantes (como hace por ejemplo en *San Manuel Bueno* cuando insinúa que Jesucristo no creía en la vida eterna).

La imaginación como concepto ocupa un lugar central en la teoría literaria unamuniana. Su función es hacer comprensible lo que la razón no alcanza a comprender, y de

esta forma hace más tolerable la vida y ayuda al individuo a solidarizarse con el prójimo. Pero queda el problema de cómo expresar la dimensión no racional del ser humano. El lenguaje tiende a racionalizar por poseer unas estructuras lógicas, ya que su función es primordialmente social. Para transmitir lo no racional el escritor tiene que echar mano de tropos, como la metáfora y la paradoja. La metáfora supera el anquilosamiento del lenguaje ordinario, y la paradoja abre nuevos horizontes semánticos. Una de estas paradojas unamunianas es la conocida de la realidad ontológica de seres ficticios, que Álvarez Castro explica diciendo que los personajes de ficción «gozan de la inmortalidad que les brinda su condición de existencias actualizables indefinidamente mediante la lectura o cualquier otra forma de recepción en el caso de las artes plásticas» (129). La creación artística representa la realidad de su creador, que en ningún momento puede ser inferior a la realidad histórica o fenoménica. Mediante el poder de la imaginación el escritor auténtico aúna pensamiento y sentimiento, las caras antagónicas del ser humano que constituyen el punto de partida del sistema unamuniano. Todo esto está muy bien explicado. Donde Álvarez Castro se topa con alguna dificultad es en explicar qué es precisamente lo que Unamuno entiende por imaginación. ¿Intuición bergsoniana? ¿Penetración mística? ¿Evasión del entorno fenoménico? ¿Simple contrapartida de la razón? ¿Inventiva verbal? Unamuno ensayó múltiples definiciones del término, indicación de que nunca alcanzó una versión satisfactoria. Si como pretende Álvarez Castro la imaginación unamuniana es remedo de la fe religiosa, resulta un concepto demasiado excluyente, pues es evidente que deniega capacidad imaginativa a seres sin fe, y muchos son los grandes pensadores, escritores y artistas que han creado imaginativamente sin fe de ningún tipo. Lo que ocurre, creo, es que Unamuno se empeñó en ver la dimensión espiritual del ser humano incluso en donde no tenía por qué haberla, y de ahí que exhumase y refor-

mulase la versión romántica del arte (esto último sí lo deja bien claro Álvarez Castro).

La manifestación poética del «yo» se hace por mediación del estilo, reflejo indirecto pero fiel de la realidad interior del ser, realidad cuyo conocimiento directo nos está vedado. El lector responde al estilo genuino recreándolo y revitalizándolo, convirtiéndose así en nueva extensión del autor en tanto que lector de su propio texto. Ahora bien, aunque realmente admiro la valiente determinación de Álvarez Castro de integrar lo lingüístico con lo literario en la teoría unamuniana, explicar la teoría literaria desde la lingüística me parece punto menos que imposible, pues las ideas de Unamuno sobre la lengua eran demasiado fluidas para poder atribuirle una posición concreta y sostenida. Sin ser ajeno a esta dificultad, Álvarez Castro tiende a identificar la posición lingüística de Unamuno con la de Sapir y Whorf. Verdad es que en varias declaraciones Unamuno equiparó el pensamiento con el lenguaje, pero parece improbable que no se diese cuenta de los graves defectos de tal suposición, hoy desacreditada, y de hecho no es difícil hallar otros pronunciamientos unamunianos que implican una distinción entre pensar y expresar (cuando dice, por ejemplo, que la idea le dio el ser a la palabra, o cuando se queja de los escritores que dejan que las palabras estereotipadas les aten las ideas). «Pensamos con palabras», tal como cita Álvarez Castro, es una evidente exageración (muchos de los grandes pensadores modernos apenas han necesitado palabras para pensar: Einstein, Gödel, Bohr), y además conduce a un «impasse» evidente, pues el lenguaje no pertenece al individuo sino a la comunidad que lo utiliza. Según Álvarez Castro, Unamuno fue consciente de esta aporía y la solventó (¿o la desechó?) insistiendo en que la barrera lingüística era franqueable por obra y gracia de la «savia vivificante», o sea del espíritu creador. Aquí, claro está, la teoría literaria se disipa en calina inapresable.

¿Experimentó Unamuno alguna evolución en su actitud hacia el lenguaje? Álvarez

Castro piensa que no. No estoy yo tan seguro de ello. Cuando en 1894 Unamuno hablaba de «las leyes biológicas de la lengua» estaba aún impregnado de positivismo y determinismo. En sus últimas obras (*San Manuel Bueno, Don Sandalio*, e incluso antes) nada queda de estas leyes materialistas: a pesar de su reconocida insuficiencia para transmitir lo más íntimo, la lengua se ha convertido en una portilla al enigmático ser interior que tanto fascinó a Unamuno. En cambio sí podemos decir, con Álvarez Castro, que no hubo evolución clara en tanto en cuanto Unamuno nunca elaboró una única teoría lingüística sustancial y persistente (ni por supuesto la consiguió elaborar nadie de su época, e incluso después ha habido constantes virajes, como ocurrió con Wittgenstein). Álvarez Castro da en el clavo cuando dice que el interés de Unamuno está supe- ditado a sus conceptos de poesía y estilo. Precisamente por eso se mostró dispuesto a adaptar sus comentarios lingüísticos teorizantes según le convenía.

En cuanto a los géneros literarios, asunto interesante en un polímata tan heterodoxo como Unamuno, Álvarez Castro nos recuerda que, como Croce y algún otro pensador de la vanguardia contemporánea, Unamuno renegó de los tradicionales géneros, o por lo menos demostró una indiferencia genérica. Dispuesto siempre a vulnerar convenciones, la actitud transgenérica de Unamuno se hace notar sobre todo en su narrativa y su teatro. Para él, el verdadero realismo de la narrativa era el que retrataba lo no retratable, el que narraba lo casi inenarrable, la oscura intimidad del individuo, su autolectura, y para un escritor, claro está, escribir es vivir.

Por lo mismo, el verdadero teatro era el que carecía de teatralidad, o sea de espectáculo, ya que el espectáculo, según Unamuno, rebajaba la literatura; pero es evidente que la ausencia de «arte escénico» dificulta la comunicación con el auditorio, que se comporta como una conciencia colectiva y exteriorizada más que como una conciencia aislada y recoleta. Unamuno confesó que el hombre-masa no le infundía respeto, lo cual no deja de ser otra paradoja en quien siempre defendió al pueblo y su cultura.

Digamos, pues, para concluir, que el libro de Álvarez Castro demuestra de una vez por todas que Unamuno sostuvo una teoría de la creación literaria. Esa teoría, como nos explica el autor, conlleva un enfrentamiento de contrarios. Sus textos llevan dentro una especie de «crítico implícito» que cuestiona la naturaleza del propio texto a la vez que el ser (o personalidad) de su creador, hacia cuyo conocimiento se dirige la auténtica literatura y cuyo mayor indicio es el estilo en conformación con la palabra como método de indagación; lo cual por otra parte vincula a Unamuno con el giro lingüístico de la filosofía contemporánea. Finalmente, no quiero dejar de mencionar que uno de los mayores méritos de esta obra de Álvarez Castro es la claridad de exposición —no siempre presente en estudios unamunianos— con que está escrita, claridad que facilita enormemente la lectura de un libro denso que abarca múltiples aspectos de las ideas literarias y lingüísticas de Unamuno.

*Carlos Alex Longhurst*